

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA 13 DE AGOSTO DE 1902

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes, pesetas 1
Fuera, trimestre, pesetas 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM 704

AÑO IV

DE ACTUALIDAD

UN VOTO MAS

La idea que en nuestro número de ayer exponíamos, referente a la fusión en una sola serie de las fiestas de Abril y de Septiembre, cuenta con un voto más, y voto de calidad por cierto: el de nuestro distinguido colega «El Liberal».

Este estimado diario dedica su editorial de hoy al referido asunto, ocupándose de nuestra iniciativa en términos cariñosos y que le agradecemos muy sinceramente.

Se impone en su sentir, como en el nuestro, la necesidad de que nuestras brillantes fiestas de primavera y nuestra decadente feria, vengán a constituir una sola época de festejos, que pueden y deben resultar numerosos, variados y notabilísimos: capaces de competir con los más lucidos que en poblaciones españolas se celebren.

El esfuerzo de dos épocas de festejos al año, no hay población que pueda resistirlo, sin que decaiga y muera una de ellas, si no decaen y mueren las dos, como muy bien pudiera ocurrir en Murcia; y ello sería una verdadera lástima al par que una vergüenza para nuestro Ayuntamiento, para nuestros centros y para la población en general.

Y este peligro se conjurará seguramente, aunando todos los esfuerzos oficiales y particulares para realizar una serie brillantísima de fiestas anuales, que atraigan a nuestra población, por su merecida fama, multitud de gentes forasteras.

Como ayer decíamos, apenas pase la feria de Septiembre será llegado el momento de convocar a una reunión magna para tratar de tan importante asunto, de vital interés local.

La iniciativa para dicha reunión corresponde al alcalde, como representante genuino de la ciudad, y a ella deben asistir además de la comisión municipal de festejos, los representantes de nuestros centros y sociedades, los valiosos elementos que vienen siendo alma de nuestras fiestas de primavera y cuantos murcianos se crean en el caso de prestar su concurso a esta obra tan simpáticamente murciana.

Se trata de una campaña, que como «El Liberal» dice: «debe comenzarse a fines de Septiembre y terminar pronto, para que haya tiempo sobrado de constituir comisiones, recaudar fondos por cuotas pequeñas mensuales sin gran esfuerzo, y preparar sosegadamente un programa de grandes atractivos, que sea obra común del vecindario y en cuya brillantez todos estemos personalmente interesados».

INSTANTÁNEAS

LAS PUNTAS

Cuando la tarde declina y el sol se esconde en las aguas y el viento mece las ondas sobre el linde de la playa, como gaviotas que dejan sus nidos, van las muchachas sobre las rocas salvajes a ver la espuma de plata que en besos intermitentes forman las olas rizadas. Pletórica de bellezas, la naturaleza hermana este cielo transparente

que sobre el mar se retrata, formando el fondo de un cuadro blanco, rosa y esmeralda, con la barrera de piedra que en la orilla acantilada de las salvajes caricias huellas indelebles guarda.

De los picos que las ondas respetaron en la valla donde las olas se estrellan por el afán de besarlas, se hacen rústicos divanes donde las ninfas descansan, porque ninfas me parecen aquella alegre bandada de vaporosas mujeres que van cruzando galopadas por la alfombra de arena con encajes recamados del raso azul de las olas y de las espumas blancas.

Lejos la mano del hombre de aquellos lugares, nada puso en el arte de aquellos tan sublimes panoramas; el mar que grave y tranquilo su eterna música canta, sobre su lecho de piedra donde sus notas arranca; los contornos femeninos de líneas no dibujadas por imperfectos pinceles de torpes manos humanas, sino esbozos que hizo el mismo Autor que encauzó las aguas, el que dá aliento a las ondas y el que la barrera labra para que el mar esté preso y de su lecho no salga.

Todo allí tiene el encanto que Dios al mundo marcara cuando el pincel de los cielos los dió a las gaviotas alas y horizontes a los mares y orlas de espuma a las aguas y a las mujeres belleza y amor eterno a las almas.

Parece el cuadro el paisaje que el mismo Dios designara para que sintiera el hombre y las mujeres amaran; por eso todas las tardes espero la hora con ansia cuando la luz ya declina y el sol se esconde en las aguas y el viento mece las ondas sobre el linde de la playa.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

La comida al Gobernador

I

El regimiento de húsares había maniobrado en compañía de otro de cazadores y de la batería de montaña que fué adrede de Madrid, de un modo tan brillante y preciso, que causó la admiración y pasmo de los habitantes de la capital. Al despedirse los jefes y oficiales que debían volver a la corte de los que se quedaban de guarnición, se hallaron en la plaza con un grupo de autoridades formado por el gobernador, el presidente de la Audiencia, el fiscal y el director del Instituto.

El gobernador, a quien llamaremos Ramirez, apretaba afectuosamente la mano del habilitado del regimiento, quien le había sido recomendado por un tío suyo, delegado de Hacienda de Zamora, cuando vio aproximarse al coronel del regimiento de húsares que había maniobrado con tanta brillantez y que quedaba de guarnición en la capital de la provincia de su mando.

—¡Hola! mi coronel, le felicito a usted de veras por lo muy airosos que acaban de quedar sus soldados.

—Gracias, gobernador. ¿Y la señora?

—Póngame usted a sus pies.

—Lo agradeceré. ¿Está usted contento del día?

—¡Si no hubiese sido por este picaro sol!

—No vitupereis al astro. Los cascos de los húsares lucían con mayor esplendor. Vuestro regimiento es soberbio.

—¡Pé... se puede presentar no más. Usted sí que gobierna una hermosa capital.

—Gracias, coronel. Sois demasiado bueno. Gente pacífica y honrada, y nada más. ¿Estará usted todavía muchos días entre nosotros?

—Pocos, muy pocos, a pesar mío. Tengo una comisión especial para el ministro de la Guerra y habré de pasar en Madrid por lo menos mes y medio. Me voy mañana.

—Entonces vendrá hoy a comer con nosotros en el gobierno?

—¡Oh! gracias, mi querido Ramirez. Temo ser molesto.

—Muy al contrario, mi esposa y yo tendremos sumo placer en ello.

—Pero hoy ni siquiera estoy presentable. Traigo el uniforme lleno de polvo.

—¿Pero acaso le invito a usted a hacer un plato? Estamos solos mi mujer y yo. Nadie más. Vaya usted al hotel a cepillarse un poco y esto basta y sobra; le esperamos.

—Veo que no hay medios de rechazar el obsequio. No faltará.

II

Al despedirse del coronel, el gobernador tuvo la desdicha de topar con el habilitado, quien le entretuvo hablando más de un cuarto de hora. Halló después al presidente de la Audiencia, con el cual echó un cigarrillo y comentaron ambos la última circular del fiscal del Supremo; el alcalde, que esperaba a que se despidiese, pilló al gobernador para darle de un proyecto de alcantarillado que estaba en idem hacía veinticinco años, y por fin el señor de an le paró a pocos pasos del Gobierno civil para invitarle a una función religiosa en la que era costumbre que la primera autoridad civil llevase el pendón principal. A las siete de la noche llegó al gobierno.

La mesa estaba puesta y la señora de Ramirez esperaba algo impaciente.

—¡Emilio! exclamó la gobernadora al verle aparecer. ¡Gracias a Dios! Estoy desfallecida. Vamos a la mesa.

—Voy a lavarme las manos. Dí que sirvan, al instante estoy contigo.

El gobernador y la gobernadora comieron con excelente apetito. Después de la comida, el primero encendió un magnífico habano mientras la señora se entretenía en hojear la «Ilustración» y el «Correo de la Moda».

A las ocho en punto llamaron a la puerta.

—Una visita a estas horas?

—El ordenanza entró en el comedor.

—Señor gobernador. Un caballero aguarda en el salón.

—¿Su nombre? ¿Sus señas, por lo menos?

—No le conozco. Viste levita. Va recién afeitado, con largos bigotes. Tiene aspecto de militar.

—¡Dios mío! exclamó el gobernador. ¡Buena la hiel! ¡El coronel...! ¿Qué petardo!

—¿Qué ocurre, dijo la gobernadora.

—Ocurrió, nada menos, que hace dos horas y media invité al coronel del regimiento a comer con nosotros y me olvidé por completo de avisárselo. Pero, ¡qué abuso, presentarse a comer a las ocho de la noche!

—Es la hora en que las gentes distinguidas suelen comer en Madrid.

—Pero, ¿qué haremos?

—¡Dios mío! no hay más remedio que darle de comer. Juan, dí a la cocinera que suba en seguida.

Pocos minutos después se presenta la cocinera.

—Rosa, dice la gobernadora, tiene usted que poner inmediatamente tres cubiertos y darnos de comer.

—Muy bien, señorita.

—Tres cubiertos, ¿entiende Vd?

—Comprendido.

—Y una comida esmerada.

—Muy bien.

—Y ¡pronto, ahora mismo!

—Así se hará, señorita.

III

El gobernador y la gobernadora pasaron al salón. El coronel, muy encarnado, respirando fuerte, levantóse y salió a su encuentro.

—Mil perdones, señora; ruego a usted me dispense, Ramirez.

—Nada de esto, coronel; ¿acaso somos nosotros provincianos cursis para ponernos a la mesa antes de las ocho?

—Estoy confundido por mi tardanza.

—Sabemos muy bien que en Madrid V no come nunca antes de las ocho.

—Oh, ¡cuanta bondad!

—Es verdad, repuso la gobernadora; al avisarme que V. nos acompañaría a comer, mi esposa me ha encargado sobre todo que fuere para las ocho. ¿No es cierto, Emilio?

—Así es. Y aun creo que habrá que

aguardar algo. Por lo menos un cuarto de hora.

—Un cuarto de hora es cosa insignificante—dijo el coronel con la sonrisa en los labios.

La conversación se hizo íntima y muy agradable. Ramirez estuvo chistoso, su mujer muy amable, el coronel galante y oportuno.

A las ocho y media, la doncella dijo desde la puerta del salón:

—Cuando los señores gusten.

El coronel dió el brazo a la gobernadora, pasaron al comedor y empezó la comida en silencio, como todas las comidas entre personas de distinción. No se oía más ruido que el de las cucharas sobre la porcelana de los platos llanos de un excelente puree.

La cocinera había hecho prodigios. En media hora improvisó un menú delicado y abundante, al cual el coronel hubiera dispensado mayores honores, si no se hubiese hallado cohibido por el encogimiento de hallarse en casa ajena.

—Mi coronel, vamos, otra trucha a la vinagreta. Son del Tajo, es manjar indígena.

—No, por Dios, Ramirez; he comido demasiado entremeses.

—Coronel, le pilló a usted en falso, dijo sonriendo la gobernadora. He notado que no ha tomado usted más que medio rabanillo. No se haga usted de rogar. Lo tratamos a usted como de familia.

—Señora, gracias. Le obedezco repitiendo del asado.

—Así debe ser.

—Y usted, gobernador, apenas prueba usted cosa. ¡Vamos, esta pechuga!

Y el pobre gobernador tuvo que engullir la pechuga, quieras que no.

La comida prosiguió con alegría, mezclada a veces de cierto embarazo y encogimiento por parte de todos. El coronel se vió obligado a repetir en todos los platos, y en vano, después de haber comido pastel de «foie gras», quiso batirse en retirada. No tuvo más remedio que tragar por segunda vez una buena porción del mentado pastel, que era un flambé delicioso.

Como si el coronel hubiese adivinado el estado del gobernador y su esposa, pareció que experimentaba cierto placer en atormentarles haciéndoles comer también dos veces de todo.

Después de tomar café, el coronel, más encarnado que antes y como si estuviese congestionado, se retiró presertando la fatiga del día.

Apenas desapareció el militar, cuando Ramirez y su esposa, con las facciones desmejoradas, sudorosas y convulsivas, se echaron en una butaca y con voz entrecortada pidieron dos tazas de manzanilla.

En cuanto al coronel, se sabe solo que se encaramó al hotel que le servía de alojamiento, apretándose el abdomen y gritando en voz baja:

—¡Diablo! ¡esto es insuportable!

IV

Algunos días después, el gobernador tuvo que pasar unos pocos en Madrid. Al salir de Gobernación, topó en la acera de la calle de Carretas con el coronel.

—Buenos días, coronel, gritó Ramirez. ¿Cómo andamos?

—¡Ay, amigo Ramirez, me me habla usted. He estado malo unos días.

—¿Y esto?

—La comida de usted. No por ella precisamente. Usted me había invitado, ¿no es verdad? Pues bien, yo lo olvidé por completo. Comí en el hotel, y después me di cuenta de ello. Vine al gobierno civil, creyendo encontrarles ya en el café, para excusarme, y me hallé que estaban aguardándome todavía. No supe qué decir. No hubo más remedio. Pero ya comprenderá usted... dos comidas seguidas, no puede ser. La segunda no pudo pasar y la primera... tampoco.

—Exactamente lo mismo que nosotros.

—contestó el gobernador con amargura.

E. Nerval.

NOTAS VERANIEGAS

La vida en Torre Vieja

A juzgar por el viaje me pareció que me iba a ser antipática Torre Vieja, ¡qué tan malo!

Y digo que fué malo porque venir a Torre Vieja en el tren ordinario, es así como montar en una carreta y dispónese a recibir la Extremadura en el viaje. Pero vino a atenuar la alevosía del tren la agradable compañía de dos murcianas, cuyas estampas si bien au-

mentan el calor natural del mediodía, disminuyen la monótona pesadez del camino más largo y más molesto: aquellos golondrinas de amor que yo canté en mis versos otros veranos, las gallardas Carmen y Rafael fueron las que endulzaron el viaje, convertidas en alegres gaviotas mensajeras de alegrías, que volaban (si en aquel tren se podía volar) a las playas de este pintoresco mar.

Y llegamos a Torre Vieja.

Y fué nuestra primera visita a los balnearios, donde se reconcentra toda la vida de este pueblo por la mañana. En ellos se respira el aire arrullador, fresco y leve, purificado en las olas del mar, del que reciben los pulmones restaurador aliento y expansión vital. Casi todas son murcianas las que allí se ven; sentadas sobre las tarimas que besan las olas y salpican de espuma, todos los días ofrecen el espectáculo pintoresco y sublime de un conjunto de bellezas, de vaporosas ropas y de mel disimuladas formas, que esperan la hora de permitir a las dichosas aguas que besen sus cuerpos y jueguen con sus encantos.

Luego llega la hora del café y el imperio de los hombres comienza estruendoso é imponente, manifestándose en forma de fichas que forman el ingrato y huesoso golpe que aturde los oídos y crispa los nervios. Y así se pasan las horas del calor, que aquí no las hay, y se espera la llegada del crepúsculo, la caída de la tarde, para ir a contemplar el más bonito de los espectáculos de por aquí, que ofrecen Las Puntas con sus rocas salvajes, sus olas atrevidas, sus mujeres hermosas y su brisa fresca y arrulladora.

Este cuadro es digno de un pincel glorioso; yo renuncié a su descripción por no redundar con el amigo Plácido, cuyas impresiones apuntó instantáneamente, en el poco tiempo que le dejó libre el intervalo entre comerse unas bogas recién pescadas con el amigo y veterano D. José Ruiz-Funes, y la hora de ir a ver las muchachas del baño.

Por la noche nunca falta un festejo donde exhiban sus gracias naturales un centenar de muchachas escogidas; ¡jamás vi colección más completa ni más numerosa!

Aun en aquellas que yo ví constantemente, y alabé sus encantos, encontré nuevos detalles y nuevas gracias: no sé si por efecto de ir menos veladas ó porque el agua del mar aclara la vista y yo abro los ojos todos los días al capuzarme.

Y esta es la vida.

«Hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual.»

Entre los innumerables amigos que saludé, encontré al simpático tenor cómico Sr. Barreras, quien me manifestó que acaban de contratarlo para la temporada de Octubre a Carnaval entre Gijón y Oviedo. Está fresco como la brisa esta, rosado como el salmónete y grueso como una nutria. Se conserva, se conserva.

Ahora, Bautista amigo, solo me queda un encargo para usted: al romper el sobre respire sobre las cuartillas, que van impregnadas del aire del mar, el que apenas me deja escribir con sosiego; á lo mejor me las arrebatara... ¡es mucho aire este!

Y aquí cierro mi columna porque se acerca la hora de Las Puntas y el mar está revoltoso: habrá que ver las olas esta tarde haciendo huir a las muchachas como gaviotas a la orilla del mar.

Pedro Jara Carrillo.

Los piropos

La castiza, aunque poco respetuosa costumbre, de florear a las mujeres bonitas en la vía pública, practicada en la calle de Sevilla, como si se tratara de inefable obligación, por maletas, cómicos y danzantes, tiene un enemigo en la primera autoridad gubernativa de la provincia.

Desde hace pocos días hay montado en aquel lugar un especial servicio de vigilancia, merced al cual las señoras pueden pasear impunemente de la calle de Alcalá a la Carrera de San Jerónimo y viceversa.

Es de alabar la previsión con que el Sr. Barrero se opone a las demasías de lenguaje de que suelen hacer gala los requebradores de oficio al saludar el paso de una mujer, dado que no sea posible exigir ingenio y educación para apostarse en la acera del Inglés, ó en la farola de las Cuatro Calles.—De «El Español».

